



Carles NAVARRO CARRASCOSA (2023). *Lingüística queer hispánica. Las formas nominales de tratamiento de la comunidad de habla LGT-BI*. Peter Lang. 313 pp. ISBN: 9783631901939.

Las formas de tratamiento son un reflejo lingüístico de las actitudes y comportamientos sociales que se dan en una comunidad de habla determinada hacia los distintos grupos que la conforman. De esta manera, aproximarnos al estudio de las Formas Nominales de Tratamiento (FNT) es aproximarnos al estudio de la interacción social, a cómo codificamos nuestra manera de ser y entender el mundo, generando y reapropiándonos de significados y realidades a través de la lengua y sus recursos. En este trabajo, *Lingüística queer hispánica. Las formas nominales de tratamiento de la comunidad de habla LGTBI* (2023), de Carles Navarro Carrascosa, se abordan distintas cuestiones fundamentales para acercarnos a esta parcela de la Lingüística Queer (LQ).

Frente a otras corrientes sociales y académicas que pugnan por el estatismo lingüístico y la normatividad dirigida, estos estudios dan cuenta, de manera descriptiva, de cómo se está desarrollando la lengua en la sociedad, en un contexto y una comunidad lingüísticas determinados, y bajo qué procedimientos internos y externos y sometida a qué factores se efectúa su variación. Haremos un mapeo de los puntos capitales de este trabajo.

Como señala el autor en el Resumen y en la Introducción de su obra, esta investigación busca estudiar las FNT habituales dentro de la comunidad LGBTQI+, cómo se usan, con qué valores semántico-pragmáticos, qué actitudes y percepción se desprenden de ellas, etc. Esta comunidad, según Navarro Carrascosa, «está compuesta por personas que representan reali-

dades sexoafectivas y/o de género que no están integradas dentro de lo que socialmente es considerado como normal» (p. 45). Se estudia también cómo contrasta el uso de una FNT dentro y fuera del grupo analizado al mudar su significado de «ofensivo» a «positivo», en casos como el de «maricón», que comentaremos a continuación (p. 7). Así, en este trabajo, se hace un recorrido desde la Lingüística y Teoría Queer hasta los recursos morfológicos empleados por la comunidad, pasando por distintas FNT generadas y reapropiadas por el colectivo, como «maricón», «bollera», «machirulo» o «marilindre(s)», o el uso del género no marcado, entre otras cuestiones.

La LQ, como apunta el autor (p. 30), nace como una disciplina que estudia el lenguaje en uso aplicando las ideas y conceptos de la Teoría Queer¹ (TQ). Estas ideas giran en torno a cuestiones como la deconstrucción y la reconstrucción de identidades no normativas; cómo estas se crean y negocian en el discurso, en clave de (auto)representación; qué usos (fundamentalmente léxicos y gramaticales) se dan en la comunidad y en qué punto difieren de los dados en un discurso eminentemente heteronormativo; etc. La importancia y la trascendencia de estos estudios, si seguimos las valiosas citas y referencias bibliográficas que incluye Navarro Carrascosa, van más allá de las investigaciones que voluntariamente han adoptado esta visión, o de los trabajos concretos en esta materia.

Antes de poner el foco sobre alguno de los capítulos que componen este libro, conviene mencionar cuáles son los dos puntos más importantes que definen a la LQ y sientan las bases de sus investigaciones. En primer lugar, la «performatividad» aplicada al género (p. 33): un concepto relacionado con Judith Butler, quien defiende que el género es performativo en tanto que obliga a cumplir una serie de comportamientos y roles determinados; la LQ viene a analizar cómo esos roles y comportamientos asociados a lo performativo se redefinen y crean en la comunidad LGBTQI+ a través del lenguaje. En segundo

¹ En palabras del autor, «La TQ puede ser definida como una disciplina científica que estudia cuestiones relativas al género, orientaciones sexuales e identidades desde una perspectiva no normativa, con el objetivo de comprender todas las formas de definirse que no entran dentro del patrón establecido por la sociedad, así como analizar todo aquello que se ha interpretado desde el punto de vista heteronormativo para ofrecer visiones alternativas» (pp. 28-29).



lugar, la «reapropiación» y la «resignificación» (p. 35): cómo se mudan los significados sociales dentro del colectivo, de negativos a positivos, de insulto a identificador de grupo, como sucede con la palabra «maricón» o la propia voz «*queer*». Gracias a estos mecanismos, las formas lingüísticas tradicionalmente marcadas de una manera determinada pueden cambiar su significado y ser incluidas en los usos habituales de la comunidad y, finalmente, permear al conjunto social ya resignificados (sin dejar de estar en una situación de constante negociación). Pásemos, entonces, a destacar sucintamente (dada su extensión) los contenidos a mi juicio más sobresalientes de esta obra.

Navarro Carrascosa nos precisa en el segundo capítulo el objeto de estudio de este volumen: las Formas Nominales de Tratamiento (FNT) en la comunidad LGBTIQ—también se estudian las cuestiones relativas a la flexión de género, tanto a la resignificación de las formas binarias tradicionales como a la inclusión del no binarismo gramatical con el género neutro—. Estas formas, en el español general, han recibido menor atención entre investigadores e investigadoras que las Formas Pronominales de Tratamiento; sin embargo, en lo que a los estudios en LQ se refiere, estas Formas cobran capital importancia a la hora de definir el tipo de relación existente entre los interlocutores o la imagen que quiera dar la persona (tenemos «FNT referidas al propio interlocutor, a un referente que no forma parte del acto comunicativo, y las que aluden al propio emisor» (p. 57)). El empleo de estos elementos discursivos despliega todo un abanico de interacción social, como son la (des)cortesía, las relaciones de poder y solidaridad, la atenuación de las diferencias o la afiliación a un grupo, entre otras; y relacionado todo ello con la performatividad antes mencionada (p. 74).

En cuanto a la Metodología, en el tercer capítulo de esta obra se recorren todos los puntos que sustentan el trabajo y su descripción: explicación de la encuesta y composición del corpus, caracterización de las FNT y flexiones de género que se sometían a estudio y de aquellas encontradas en el corpus, y en qué términos se realiza el análisis de los datos en relación a los valores semántico-pragmáticos y las estrategias pragmalingüísticas

en el eje de poder y solidaridad (pp. 100-106). Gracias a este capítulo, podemos comprobar la pertinencia o validez de las variables estudiadas (pp. 88-94) y su posible aplicación a otras investigaciones en este terreno.

Interesan en este estudio especialmente los capítulos cuatro y cinco, en los que se abordan las FNT reapropiadas y generadas en la comunidad LGBTIQ+. No obstante, el capítulo seis, que el autor dedica a los recursos morfológicos, es de inmenso interés, especialmente en un momento de innovación gramatical del español como el que vivimos en la actualidad.

Una de las parcelas que se estudian en esta investigación es la de la reapropiación lingüística, como vía hacia la resignificación, procedimiento presente en todos los ámbitos y expresiones humanas de la actualidad: humanidades, ciencia, artes y, por supuesto, la lengua. Ayudada por este mecanismo, la comunidad puede deslindar el matiz negativo / peyorativo de algunos nombres y adjetivos, para convertirlos en elementos de afiliación e identificación de grupo. Ejemplo de ello son los casos de «maricón» (p. 109) y «bollera» (p. 141) tratados en este libro, en los que nos centraremos a continuación.

El análisis de la forma «maricón» se despliega en distintos aspectos: su caracterización lexicológica y lexicográfica, el perfil de los usuarios (identidad de género y orientación, edad y relación social) o cuál es el perfil de los referentes, lo que permite al autor aportar datos interesantes no solo sobre quién usa la voz, sino también acerca de hacia quién la usa. Finalmente, Navarro Carrascosa analiza y delimita «maricón» como FNT dentro de la comunidad al abordar cuáles son sus valores semántico-pragmáticos (como identificador de grupo, pero también como elemento que aporta matices distintivos frente a otros como «homosexual» (p. 121), como insulto, etc.).

Gracias a un exhaustivo trabajo de descripción y análisis de los ejemplos encontrados en el corpus, el autor puede llegar a conclusiones bien interesantes, como la segmentación de «maricón» en tres líneas semánticas distintas (p. 124) dentro de la comunidad de habla LGBTIQ+: «maricón₁», usado como disfemismo por hombres homosexuales que no se quieren ver incluidos en el colectivo y que quieren señalar con esta





FNT a otros homosexuales que no cumplen con la masculinidad hegemónica; «maricón₂», con el que se destaca la homosexualidad masculina, por lo general fuera de la norma social imperante para su género, como algo positivo; y finalmente, «maricón₃», que funciona estrictamente como denotativo. Por otro lado, en cuanto a la dispersión social de la FNT en la población estudiada por Navarro Carrascosa, «maricón» lo usa un 33,33% de los informantes que no pertenecen al colectivo, mientras que el porcentaje aumenta hasta situarse en un 52,34% en el caso de quienes sí forman parte de él (hombres y mujeres, cis o trans, gays, lesbianas, bisexuales, personas intergénero, etc.). Los hombres gays son quienes más utilizan esta forma, un 95,95%, situándose además mayormente en el grupo joven (menos de 35 años) para todos los perfiles. El autor señala a «maricón» como una voz que, al acercarse a su corpus, es empleada eminentemente en relaciones de solidaridad entre los interlocutores, seguido por las relaciones de poder, con la mitad de casos.

Por su parte, la FNT «bollera» es sometida al mismo análisis. En comparación, esta voz se usa menos que otras, como por ejemplo «maricón», por parte de personas del colectivo: los casos de uso de «bollera» alcanzan el 34,7% de la muestra. En cuanto a su perfil de usuarios (p. 145), son las mujeres cisgénero bisexuales y homosexuales desde los 25 hasta los 35 años el grupo que más la emplea. Este uso entre mujeres cisgénero es, según el autor, un ejemplo de esa reapropiación de formas tradicionalmente despectivas por parte de la comunidad. En cuanto a los referentes, la muestra encuestada señala que debe haber un porcentaje alto de confianza entre los interlocutores. Los valores semántico-pragmáticos que presenta la FNT «bollera» varían, como para el resto de formas, según emisor y receptor; podemos encontrar tanto usos peyorativos como positivos. Al igual que en el caso de «maricón», Navarro Carrascosa delimita distintos empleos para «bollera» (pp. 158-159): «bollera₁», una forma apelativa con connotaciones negativas hacia mujeres que no cumplen con la feminidad normativa; «bollera₂», con el mismo significado que la forma anterior, pero referido a hombres homosexuales; «bollera₃», sinónimo de «lesbiana», referencial, carente de connotaciones negativas o

positivas; y un «bollera₄», que se referiría a «una mujer lesbiana, luchadora, política y valiente, que trabaja, desde el feminismo, por la visibilización de las mujeres homosexuales dentro del mismo colectivo» (p. 159).

El análisis de estas dos formas, su reapropiación, (re)significación y performatividad es completo, al igual que el de sus usuarios y referentes, con datos expuestos de forma clara y no por ello menos exhaustiva. El capítulo concluye con una síntesis de lo expuesto sobre los emisores de «maricón» y «bollera». Para la primera FNT, sus emisores habituales son «hombres gays de todas las edades con interlocución habitual con miembros del colectivo LGTBI»; y para la segunda, «mujeres cisgénero homosexuales y bisexuales y hombres cisgénero homosexuales y bisexuales, entre 18 y 35 años y con interacción comunicativa habitual con otras personas LGTBI» (p. 170).

En lo que a las FNT generadas dentro de la comunidad se refiere —capítulo cinco—, comentaremos las voces «mariliendres» y «machirulo». Estas formas, al igual que «hetero», tienen en común el origen dentro del colectivo y un referente que no es miembro de este (p. 173). Como en el capítulo anterior, se hace una descripción léxica de las formas, se establece el perfil de usuarios y referentes, y se analizan los valores semánticos de estas Formas Nominales de Tratamiento.

«Mariliendres» (p. 200) hace alusión a las mujeres que acompañan a hombres gays, generalmente con un matiz despectivo considerado incluso machista u homófobo —la mujer no puede estar sola, pero tampoco es lo suficientemente atractiva como para ir con «hombres de verdad» (p. 201)—. Presenta un porcentaje de uso bajo: un 5,8% de los encuestados y encuestadas heterosexuales, y un 20% para miembros del colectivo LGBTIQ+, sin que parezca relevante el factor edad. Como se podía prever, el referente más habitual es la mujer cisgénero heterosexual, y se segmentan fundamentalmente tres usos: primero, si se utiliza desde fuera del colectivo adquiere un valor negativo; segundo, cuando se utiliza por personas LGBTIQ+, especialmente hombres homosexuales, tiene un valor positivo, de cariño y cercanía; y tercero, usado también dentro del colectivo con intención de despresti-

gio, como el primer caso. Aunque mantiene en muchos casos su sentido negativo, misógino, inicial, en otros contextos adquiere un valor afiliativo, de solidaridad entre los interlocutores (p. 212).

El término más actual de los que se estudian, y que hace referencia al hombre, tanto homosexual como heterosexual, que exagera y alardea de sus rasgos masculinos, es «machirulo». Esta voz tiene, en origen, un significado peyorativo, referido bien a hombres homosexuales que adoptan conductas estereotípicamente masculinas dentro del colectivo LGBTIQ+; o bien referido a hombres heterosexuales que adoptan dichas conductas, esta vez más asociado al discurso del movimiento feminista. De entre el grupo de informantes, un 24,64% de los encuestados que no pertenecen al colectivo lo usan, con un 38,54% para quienes lo usan dentro de la comunidad; a diferencia de «mariliendres», para esta FNT sí es relevante la edad: a mayor edad, menos se usa la forma; con un referente cisgénero heterosexual en el 86,86% de la muestra. Por su parte, «machirulo» presenta un valor semántico claro en el corpus: «hombres cisgénero heterosexuales que tienen comportamientos machistas, los cuales son percibidos por los usuarios de la voz como incívicos y violentos» (p. 221).

Estas formas, generadas dentro del colectivo, buscan resignificar no solo la lengua, sino también la sociedad que la emplea: se crean categorías para degradar a quienes están social y tradicionalmente en los puestos de poder desde abajo, para conformar «un mundo diferente en

el que los sujetos que marcan la normativa social son los miembros de la comunidad de habla LGBTBI» (p. 225).

Nos hacemos eco, para finalizar nuestro recorrido por este volumen, de algunas de las conclusiones a las que llega Navarro Carrascosa en el capítulo séptimo (p. 289). Coincidimos con él en que se han cumplido los objetivos planteados, esto es, se ha presentado un panorama de los estudios en Lingüística Queer relativos a las Formas Nominales de Trato, se ha analizado y descrito el papel que juegan dentro de la comunidad y las distintas estrategias existentes para su creación y reapropiación, y se ha señalado la importancia que tienen estas Formas en la construcción, defensa y consolidación de una comunidad como la LGBTBIQ+.

En la actualidad resultan cada vez más necesarios y urgentes estos volúmenes que se aproximan a grupos de habla tradicionalmente marginados del mundo académico. En el caso concreto del trabajo de Navarro Carrascosa, estamos ante un estudio bien delimitado, metodológica y teóricamente, que permite conocer una parcela del comportamiento lingüístico de la comunidad de una manera rigurosa, analítica, y divulgativa.

Antonio Martín Piñero 

Universidad de La Laguna

Tenerife, España

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.refiull.2024.48.15>

